

LA CLASE TRABAJADORA NECESITA UN DÍA DEL TRABAJO MILITANTE

El 2 de septiembre de 2024 se celebra el 130 aniversario del primer Día del Trabajo oficial en EEUU y Canadá. El Día del Trabajo tiene una larga y compleja historia para la clase trabajadora norteamericana. Hoy en día, el Día del Trabajo parece para la mayoría de los trabajadores poco más que un día libre extra, si acaso. Cuando mucho, es un momento para que los sindicatos organicen barbacoas y desfiles para encubrir su gestión del empeoramiento de las condiciones de la clase trabajadora en general. En este Día del Trabajo, debemos reconocer la necesidad de que la clase obrera emprenda una acción de clase independiente en respuesta a los masivos ataques económicos del capital y al aumento de la rivalidad imperialista.

El Día del Trabajo en Canadá tiene sus orígenes en desfiles comunitarios apolíticos en los que los artesanos celebraban sus propias procesiones. Sin embargo, con el desarrollo del movimiento obrero y el aumento de los conflictos de clase, los trabajadores de una ciudad o comunidad determinada empezaron a organizar sus propios desfiles, normalmente en forma de desfile de huelga. En Hamilton, Ontario, en mayo de 1872, los trabajadores en huelga desfilaron por el distrito industrial con pancartas sindicales. En la década siguiente, estos desfiles obreros se convirtieron en algo habitual desde las pequeñas ciudades mineras hasta las grandes ciudades. En Canadá no se declaró oficialmente el Día del Trabajo hasta décadas más tarde, en 1894. Tras años de peticiones de los sindicalistas al Parlamento, además de sus reivindicaciones más notables como la reducción de la jornada laboral, la Cámara de los Comunes finalmente cedió y declaró que el primer lunes de septiembre sería el día nacional del trabajo. Fue una concesión pequeña y fácil de hacer para el gobierno. De este modo, el Día del Trabajo se convirtió rápidamente en un día básico en ciudades como Toronto para trabajadores y sindicalistas, pero la batalla por la reducción de la jornada laboral se alargaría.

En EEUU, durante la década de 1880, en plena depresión económica, los sindicatos y las organizaciones anarquistas y socialistas crecieron exponencialmente. Sindicatos como los Caballeros de Colón, la Central Labor Union y la Federación Americana del Trabajo elegían fechas distintas para celebrar desfiles y manifestaciones públicas y mostrar la solidaridad entre sindicatos. El año en que se promulgó el Día del Trabajo como fiesta federal estuvo marcado por la lucha de clases. La más significativa fue la huelga Pullman de Chicago, del 11 de mayo al 20 de junio de 1894, en la que 4.000 ferroviarios iniciaron una huelga salvaje y boicotearon los trenes que transportaban vagones Pullman. El estado respondió brutalmente con medidas cautelares federales, el envío de militares y rompedor de la compañía y arrestos. El presidente Grover Cleveland esperaba sofocar el creciente conflicto de clases con una rama de olivo; sólo ocho días después de que el estado reprimiera con éxito a los trabajadores de Pullman, el Día del Trabajo se convirtió en fiesta federal.

Se eligió el primer lunes de septiembre para entorpecer el recuerdo del Primero de Mayo, en el que las organizaciones obreras habían organizado huelgas por una jornada laboral de 8 horas cada año a partir del 1 de mayo de 1886. En Chicago, las figuras más destacadas del movimiento estaban compuestas principalmente por anarquistas, como Albert Parsons y August Spies, ambos ejecutados tras el «incidente de Haymarket», cuando un probable saboteador lanzó una bomba en Haymarket Square contra la policía que avanzaba. Las

manifestaciones de la plaza se convocaron en respuesta a las oleadas de brutalidad policial y al uso de rompedor de huelgas contra los trabajadores en huelga de la fábrica McCormick Reaper la noche anterior, que dejaron dos huelguistas muertos. Tras esta tragedia, el Primero de Mayo sería adoptado formalmente por la Segunda Internacional en su primer congreso de 1889 y se celebraría ampliamente en Europa.

Hoy en día, el Día del Trabajo es poco más que una llamativa celebración del trabajo sin reconocimiento de la lucha de la clase obrera, donde los dirigentes burgueses pretenden ocultar la necesidad de la independencia de la clase obrera, para colaborar mejor con el sistema de explotación de clase. A pesar de estos picnics del Día del Trabajo, desfiles y «victorias históricas», los salarios reales en EEUU han disminuido un 6,3%. En los últimos 4 años, las cifras oficiales anuncian que la tasa media de inflación en EEUU ha sido del 21,4% y en Canadá del 17,6%. El capital se encuentra en una profunda crisis de rentabilidad y se espera que nuestra clase cargue con el coste. El capital y los ahorros volaron hacia el mercado inmobiliario canadiense gracias a las políticas gubernamentales de la pasada década y aumentaron durante la pandemia de covid. Las burbujas inmobiliarias, antaño regionales a Toronto y Vancouver, se han generalizado. Durante el periodo Covid se compraron viviendas como activos especulativos hasta tal punto que el 75% de los contratos hipotecarios canadienses vencerán en 2025 con tipos de interés más altos que muchos trabajadores no podrán pagar.

Los capitalistas de EEUU han estado lidiando con el hecho de que el crecimiento reciente no ha hecho nada para frenar la crisis económica subyacente. La economía crece demasiado rápido, el desempleo es demasiado bajo y la Reserva Federal está haciendo todo lo posible por ralentizar la economía, aparentemente para frenar la inflación. En realidad, lo que el gobierno estadounidense y sus economistas están intentando conseguir es otra ronda de asaltos a la clase trabajadora. La única forma de conseguir un «aterrijado suave» de la economía tras Covid y el periodo inflacionista es aumentar el desempleo y golpear aún más a los salarios. Un inversor importante, al ver que el desempleo ha subido al 3,9%, declaró que esto era «justo lo que quería la Fed». Los políticos están alabando el regreso de la industria manufacturera estadounidense, sin decir nunca que el renovado crecimiento de las fábricas se basa en un mínimo histórico de las condiciones de trabajo y de los reglamentos laborales. Para garantizar que este plan prospere, los partidos Republicano y Demócrata han trabajado codo con codo en la política de inmigración. Los demócratas ofrecen una retórica «acogedora», mientras que los republicanos presionan para que se apliquen duramente y se impongan condiciones estrictas; todo ello tiene como objetivo último crear una mano de obra precaria y hacer bajar los salarios de forma generalizada, al tiempo que se divide a la clase con una retórica racista.

Ante esta embestida capitalista, la clase obrera ha luchado para defenderse y mantener sus condiciones básicas de vida. En EEUU, el número de trabajadores en huelga aumentó de 120.000 en 2022 a 500.000 en 2023. Sin embargo, de estas luchas no han salido grandes victorias. ¿Por qué? Las huelgas son saboteadas por los propios sindicatos (junto a la patronal y el estado) debido a los dictados del capitalismo. Los sindi-

catos llevan mucho tiempo integrados en el estado: para imponer la disciplina de los trabajadores cuando surge la necesidad, para imponer peores concesiones, para impedir las huelgas y para canalizar la mano de obra hacia industrias estancadas para la competencia nacional. Una victoria sindical es una derrota obrera.

El papel de los sindicatos en el capitalismo quedó claro en la abortada huelga ferroviaria estadounidense, sofocada por el Congreso que utilizó una legislación de más de 100 años para forzar un acuerdo bajo el pretexto de la «seguridad nacional». Los principales sindicatos ferroviarios presionaron entonces a los trabajadores para que aceptaran el acuerdo, a pesar de que no satisfacía las principales demandas de los trabajadores. El otoño pasado, el UAW ordenó a los trabajadores que rotaran sus huelgas, fragmentando los esfuerzos de los trabajadores para no mermar los beneficios de la empresa y no obligar a los ejecutivos sindicales a echar mano de sus arcas de guerra. En Montreal, los trabajadores de las tiendas de licores de la SAQ llevan en huelga desde abril. A pesar de que se votó masivamente un mandato de huelga de 15 días, el sindicato sólo ha utilizado hasta ahora dos, dejando a los trabajadores en el limbo. Bajo la presión de un duro sistema de niveles, a muchos trabajadores de la SAQ sólo se les conceden horas a tiempo parcial con escasa seguridad laboral. Se trata de un problema común al que se enfrenta la amplia clase trabajadora, pero los sindicatos sólo ofrecen el acuerdo negociado «menos malo».

Por el contrario, los trabajadores deben tomar la huelga como propia y organizarse entre ellos para determinar la naturaleza de sus huelgas. Ninguna fuerza lo hará por nosotros: ningún partido parlamentario, ningún «buen» empresario y ningún sindicato. En el verano de 2023, el Frente Común movilizó a 600.000 trabajadores de Quebec para ir a la huelga. Pero a pesar de jugar con el mito nacional de los trabajadores militantes de Quebec, el frente sindical no era un frente para los trabajadores. Incluso los sindicatos más combativos no pueden defender las condiciones económicas básicas de los trabajadores debido a su asociación con el estado y a las necesidades del armamento. Los trabajadores tendrán que organizarse por su cuenta, en lugar de, y necesariamente contra, la dominación sindical.

Enfrentados a una crisis de rentabilidad, los capitalistas y sus estados pretenden trasladar sus pérdidas a sus rivales; esto sucede a través del impulso hacia la guerra imperialista generalizada. La picadora de carne en el este de Ucrania, el asedio asesino de Gaza, la política de riesgo entre Israel e Irán y los tratados de defensa militar que calientan las tensiones entre China y EEUU han sido las consecuencias de esta crisis. Generaciones enteras de jóvenes trabajadores de Ucrania, Rusia y Gaza están diezmadas, con cientos de miles de masacrados en ambas guerras. Las huelgas y las manifestaciones contra la conscripción ilegalizadas y reprimidas en Ucrania e Israel confirman que la democracia es realmente el camuflaje de la dictadura del capital. Los paisajes de pesadilla de Ucrania y Gaza, con trincheras de barro inundadas por el olor de la muerte, cuerpos famélicos bajo montañas de escombros urbanos y un afilado látigo de la explotación capitalista en casa, son atisbos del futuro que el capitalismo global está preparando para la clase obrera en todas partes.

En el Pacífico, EEUU y China han estado construyendo infraestructuras económicas y

militares, formando y manteniendo alianzas, y reestructurando sus instituciones productivas y financieras, anticipando una guerra total para determinar la supremacía absoluta. En Medio Oriente, EEUU está cada vez más descentrado por su apoyo a la guerra de Israel en Gaza. China ganó terreno al mantener conversaciones entre los principales partidos de Palestina para formar un gobierno de coalición. Israel asesinó al líder político de Hamás Ismail Haniyeh en Teherán, un acto de arrogancia imperialista y un paso hacia la guerra regional que diezmará a la clase obrera.

Los sindicatos nunca han sido instrumentos revolucionarios de la clase obrera, sino que comenzaron como órganos de lucha económica de la clase obrera fuera del estado capitalista. Sin embargo, dada su lógica inherente de ser órganos de negociación para la venta de la fuerza de trabajo, con el tiempo se integraron en el marco jurídico del estado capitalista. En Canadá esto fue más pronunciado durante la Primera Guerra Mundial, cuando el TLC fue invitado a formar parte de comisiones parlamentarias para supervisar la organización del trabajo nacional. En EEUU, Roosevelt finalizó este proceso con la legalización de los sindicatos y haciéndolos socios del New Deal. La integración de los sindicatos ayudó a evitar preventivamente las huelgas, mientras que la represión de los sindicatos había aumentado la posibilidad de una actividad de clase independiente fuera de las manos de la patronal y el estado. El reconocimiento legal de los sindicatos ayudó a conectarlos al estado por mil hilos. Los sindicatos imponen acuerdos cada vez peores cuando negocian con la excusa de ser realistas. Esto es así porque los sindicatos deben mantener una posición respetada de árbitro entre el trabajo y el capital, a favor del capital. La mayoría de las facciones del estado y de la patronal sólo empezaron a repeler de nuevo a los sindicatos cuando la tasa de ganancia empezó a bajar con la vuelta de la crisis de rentabilidad.

A pesar del papel que desempeñan los sindicatos en el capitalismo, no llamamos a romper el carné sindical mañana. Pedimos a los propios trabajadores que sean la base de la lucha. En Montreal, las trabajadoras de la guardería Little Burgundy empezaron a hacer exactamente esto. Organizaron una cadena de correos electrónicos y empezaron a determinar el curso de su huelga más allá del sindicato. Este pequeño ejemplo sirve de lección moderna para las luchas de hoy, pero palidece en comparación con los comités de huelga que dominaron ciudades enteras en la huelga general de 1972.

Pero la lucha económica no es suficiente para desafiar el dominio capitalista en el escenario de la historia. Para ello, la clase obrera tendrá que librar una lucha política contra las raíces mismas del capital. Para ello, la clase obrera debe formar su propio partido político. No un partido en el sentido parlamentario capitalista, sino un partido de trabajadores organizados en torno a una perspectiva política coherente y que luche en las primeras filas de las luchas, conectándolas siempre con la lucha en su conjunto y señalando el camino a seguir.



DOS PARTIDOS, UN SISTEMA PUTREFACTO



Ha llegado otra temporada electoral al sistema político enfermo y en crisis estadounidense. Con la salida de Biden y el ascenso de Kamala Harris, el Partido Demócrata ha conseguido un respiro en lo que se perfilaba como una derrota. Sin embargo, ambos partidos en el poder representan nada menos que la reacción política total. En la raíz del caos político está la crisis del capitalismo y el innegable declive del imperio estadounidense. La rivalidad entre facciones de los capitalistas en el poder no preocupa a los trabajadores, que necesitamos desesperadamente emprender nuestra propia lucha de clases autoorganizada contra la crisis económica y los preparativos de la guerra imperialista.

La propaganda que rodea a las elecciones quiere hacer creer que cada elección es una elección entre el bien y el mal encarnado. Cuando se resuelven las elecciones, uno se encuentra con las mismas políticas exterior e interior en vigencia. Este es un proceso de la historia política estadounidense que se remonta a la fosilización del duopolio tal y como se estableció durante el siglo XIX. Durante el presente siglo ha sido más agriamente disputado y se ha decidido con los márgenes más estrechos de victoria. La excepción fue la primera elección de Obama a la presidencia con sus eslóganes huecos de «esperanza» y «cambio».

La elección de 2024 pone de relieve la crisis del capitalismo estadounidense. Con la sustitución de Biden y el nombramiento de Harris, además del intento de asesinato de Trump, la lucha por la Oficina Oval se ha calentado. Las habituales redadas de personas sin hogar y detenciones masivas para las Convenciones Republicana y Demócrata, es decir, las coronaciones de Trump y Harris por un puñado de capitalistas borrachos, marcan el tono de lo que las dos candidaturas prometen a la clase obrera. Trump escoge a JD Vance por la misma razón que Harris escoge a Walz. Vance apoya los «comités obrero-patronales», es decir, llevar a unos cuantos obreros fuera del taller a reuniones con los patronos para implementar más fácilmente la aceleración del trabajo y la fragmentación de

la verdadera autoorganización obrera. Walz dio a los trabajadores de Minnesota algunas migajas en la forma de almuerzos escolares gratuitos, pero esto sólo disfraza la erradicación del poder adquisitivo de nuestra clase a través de la inflación y la crisis capitalista más amplia. En realidad, ambos partidos están condicionando ideológicamente a la clase obrera para que acepte una guerra cataclísmica con el principal competidor del imperialismo estadounidense, China. Vance llama a reducir el armamento estadounidense a Ucrania sólo para ahorrar artillería para una guerra con China, mientras que Harris llama al imperialismo estadounidense a mantener «la fuerza de combate más letal del mundo». Los dos partidos capitalistas se marean pensando en una guerra despiadada que enfrentará a los trabajadores de EEUU con los trabajadores de China, masacrándose mutuamente al servicio de nuestras respectivas clases dominantes.

Para estas elecciones, algunos funcionarios del Partido Demócrata han declarado abiertamente la guerra política para mantener fuera de la papeleta electoral a cualquier tercer partido electoral, asegurándose de que las firmas de cualquier petición de acceso a la papeleta sean rechazadas como inválidas. Este es el comportamiento normal de los dos partidos gobernantes, pero estas elecciones dejan aún menos espacio para los votos de protesta. Pero incluso estos partidos de protesta no plantean ninguna solución política real para los trabajadores. Los Libertarios son el GOP para los políticamente ineptos, los Verdes van a la cola de las últimas tendencias en la escena de la izquierda capitalista estadounidense, el movimiento «no comprometido» es desdentado y representa una total embelesamiento con el Partido Demócrata que nunca dejará de financiar las masacres imperialistas de proletarios en Gaza, el PSL promete un programa de capitalismo de estado reformado en la variedad estalinista... la

lista de chanchullos pequeñoburgueses continúa, que ven a los trabajadores, en el mejor de los casos, como votantes desclasados para conseguir un cargo político, o como vales de comida para seguir jugando en sus carreras de «activistas».

EEUU ha sufrido una serie de derrotas y reveses que llegaron a caracterizar a toda la administración Biden, con Biden en su demencia personificando un imperio estadounidense en crisis. Aunque la administración comenzó con la derrota de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, no dudó en poner en marcha otras provechosas debacles imperialistas. La maquinaria militar estatal más cara de la historia es impotente para impedir que los combatientes hufés asfixien el Mar Rojo en los estrechos de Bab el-Mandeb. Actualmente es la mayor campaña que ha emprendido la marina estadounidense desde la última guerra mundial, mientras otro ejército armado y entrenado por EEUU en Ucrania está siendo lentamente reducido a polvo. EEUU ha perdido su ventaja con un sector de defensa astronómicamente caro que tiene problemas para producir algo que funcione en la cantidad necesaria.

Los capitalistas estadounidenses apenas intentan reconstruir una industria suficiente para sostener una guerra a escala industrial. Durante décadas, los únicos enemigos a los que se han enfrentado los militares estadounidenses han sido los guerrilleros. Sin industria y una clase obrera implicada en la producción directa, es imposible librar un gran conflicto entre potencias imperialistas. EEUU como sociedad post-industrial se encuentra ahora en la situación de no tener mano de obra para trabajar en fábricas que no existen, llenas de maquinaria que ya no saben construir y un ejército que no puede llenar suficientes uniformes para llevar a cabo el sangriento trabajo del imperialismo.

El imperialismo estadounidense entró en su última fase de expansión con el colapso de la URSS. Los atentados del 11-S marcaron un giro decisivamente agresivo que abrió las décadas posteriores de guerras continuas. Esto se refleja internamente en la decadente podredumbre burguesa del proceso político estadounidense. En primer lugar, está el ritual del periodo de elecciones primarias políticas que culmina en los rituales de coronación de las convenciones políticas de los partidos gobernantes. En segundo lugar está la elección final, muy disputada en los medios de comunicación dominantes, una batalla de titanes burgueses. Por último está el ritual degradante de la votación que arrastra a los trabajadores a las rivalidades y crímenes de la clase dominante.

Marx contempló una vez la idea de que el cambio pacífico a través de las urnas podría funcionar en ciertos países, como Gran Bretaña, pero incluso esto reconoció que sería respondido con una «rebelión de los esclavistas». En tiempos de Lenin, los bolcheviques pudieron aprovechar sus escaños en la Duma del Zar para hacer propaganda contra el gobierno. En aquel momento, el único propósito de cualquier tipo de parlamentarismo era la propaganda hacia la clase obrera. Esto también estaba condi-

cionado por la debilidad de la burguesía rusa y su anémico régimen corrupto. Hoy no existen tales posibilidades. Los demócratas gobernantes necesitan a sus «Socialistas Democráticos de América» para aislar y vigilar a la izquierda en nombre de sus amos. Cualquier política impopular que lleven a cabo los demócratas puede ser achacada a los «socialistas».

Una base principal para continuar con el ritual del voto es el chantaje político (vota o perderás tu derecho a abortar), una cínica estratagema burguesa para chantajear a las mujeres trabajadoras para que voten. Al ser servidores del tiempo político, no necesitan nada más del ciudadano atomizado una vez que han sido elegidos. En términos reales, los políticos del Partido Demócrata nunca han defendido otra cosa que el capital. Pero el poder de decisión no está en manos de los cargos electos, sino en las de burócratas no elegidos. Un ejemplo es Victoria Nuland del Departamento de Estado de EEUU, que a lo largo de los años sirvió bajo seis presidentes y guió los asuntos exteriores del imperialismo estadounidense. Nadie puede votar contra el imperialismo y la guerra.

Cada elección es una crisis y se convierte en un referéndum sobre la idea misma de la libertad. La burguesía proclama que «estamos perdiendo nuestra democracia» y nos dice que debemos votar. A los que se niegan a votar se les dice que no tienen derecho a quejarse, ya que no se molestaron en votar. Hay un camino alternativo, no simplemente abandonar una actividad reaccionaria políticamente vacía (votar en las elecciones capitalistas) sino asumir la lucha de clases y no utilizar las elecciones como sustituto de la acción colectiva.

El declive de EEUU y su descenso a una crisis abierta se ha hecho dolorosamente evidente. EEUU es una ruina posmoderna desindustrializada. Los mismos procesos por los que los capitalistas estadounidenses mantienen su poder son los mismos procesos que lo están destruyendo. La lucha política entre las dos facciones ha convencido a muchos en EEUU de que deben votar o perecer en el diluvio. Sin embargo, ni Harris ni Trump alterarán fundamentalmente el curso que siguen el capitalismo estadounidense y mundial. En lugar de votar y así legitimar su dominio de clase, nuestra clase necesita auto-organizarse y combatir los ataques económicos y los preparativos de guerra generalizados que ocurrirán bajo cualquiera de los dos candidatos si es elegido. Deberíamos tomar ejemplo de la heroica lucha llevada a cabo por los trabajadores del petróleo en Irán en los últimos años, que han llamado a la formación de consejos obreros, o de los trabajadores en China que se movilaron contra los dormitorios de las fábricas en 2022, y mantener el control de nuestras propias luchas por nuestras propias reivindicaciones de clase. Debemos ser políticos, y señalar que nuestra salida de la crisis capitalista anterior a la Tercera Guerra Mundial está en la construcción de nuestro propio partido comunista internacional para guiar nuestra lucha autoorganizada, y no en el circo electoral que encadena nuestra conciencia dentro de la prisión de las urnas.

Quiénes somos

«El GOI está a favor de una sociedad mundial en que la producción es para las necesidades, no las ganancias (y por lo tanto, sostenible), en que el estado, las fronteras nacionales y el dinero han sido abolidos, en que el poder colectivo está ejercido por medio de organizaciones de toda la clase, tales como los consejos obreros. Esto debe traducir como la participación activa, cotidiana de la mayoría para los intereses de todos. Sólo así puede el mundo deshacerse de los efectos capitalistas de la pobreza, el hambre, la opresión y la guerra: lo llamamos el comunismo pero esta visión no tiene nada que ver con el capitalismo de estado estalinista y la antigua URSS.

Para llegar a ese punto, estamos trabajando para crear una organización política mundial de la clase obrera - un 'partido' por falta de una palabra más adecuada - no un 'gobierno en espera', sino una guía en la lucha por un mundo nuevo. No nos reclamamos de ser ese partido, pero nos motivamos a ser uno de los elementos que tendrán que juntarse para su creación. Mientras la clase obrera, la mayoría de la población mundial, se enfrenta cada vez más a las consecuencias de un sistema capitalista que se desmorona, tendrá que unirse y derrocar al sistema capitalista y sus apetitos imperialistas sangrientos.

El Grupo Obrero Internacionalista es el afiliado estadounidense de la Tendencia Comunista Internacionalista.

Para más información sobre nuestra organización y respuestas a cuestiones comunes, véanse: <https://www.leftcom.org/es/about-us>

Información de contacto y publicación

Cuadernos Internacionalistas, 1o volumen, número 9, otoño 2024

Dirija toda correspondencia a:

Correo electrónico: us@leftcom.org

Sitio web: www.leftcom.org/es

Instagram: @iwg.official

Twitter: @IWGOfficial

Facebook: @iwgusa

Escanee nuestro código QR para acceder a nuestro sitio web:

